

Pintura fruta

Carlos Franco pertenece a una generación de artistas que surge en los años 70 en torno, fundamentalmente, a la galería Amadís de Madrid y que normalmente llamamos “Nueva figuración madrileña”. Frente a una generación anterior para la que el compromiso político debía imponerse a la propia actividad artística, Carlos Franco y sus compañeros de generación, en unos años en los que España se iba abriendo a la democracia y a la normalidad institucional, reivindicaron la pintura como algo con un valor en sí mismo entroncado, en este sentido con los postulados de la propia vanguardia histórica pero también con una corriente internacional que, sobre todo en Europa, buscaba una regeneración de la pintura en su propia tradición artística más allá de postulados de otra índole y dentro de una corriente figurativa que poco a poco se iría imponiendo tanto en España como en general, durante la década de los 80.

El gusto por el color y por la experimentación lo han llevado a trabajar con todo tipo de procedimientos y materiales, desde los más tradicionales, a incluso, procedimientos digitales. Nunca le asustaron los colores puros que parecían romper armonías ricas en sus declinaciones pero siempre se reconcilian en una especie de armonías superiores. Pero sobre todo esto, no se puede hablar de sobra sin detenerse en su gran talento para el dibujo haciendo de muchas de sus composiciones un encuentro entre un dibujo siempre refinado, sobre todo en sus deformaciones, recreándose en su elegancia y el uso de un color que avanza hacia ese encuentro desde un lugar distinto y sin perder nada de su independencia y su brillantez.

Todo esto se aplica a un mundo siempre armónico, en el que los personajes que proceden de mundos dispares y complementarios, viven paisajes, espacios, cuando no conviven solamente en un cuadro, en pinturas que a veces son sólo manchas de color. Todo dentro de un aire casual en el que la Antigüedad y los personajes de la mitología parecen estar de visita en los cuadros, apeados de su solemnidad y dispuestos a compartir un paisaje de la sierra con apóstoles u otras deidades menores o procedentes de mitologías más extrañas. Porque la magia también está presente con todas sus figuraciones y abriendo puertas al misterio y mundos sugeridos en toda su fuerza y toda su trascendencia.

Cuando los dioses de la mitología libran, cuando Zeus les da permiso, parecen ir a los cuadros de Carlos Franco a tomar el té en un harén o a compartir ocios y riberas con un santoral refinado y lleno de sugerencias. Nada en Carlos Franco parece fruto del azar, ni siquiera esos encuentros que no paran de reenviarnos a páginas y momentos célebres de la historia del arte, de la literatura...

De este modo, en estos encuentros pueden surgir, como queda dicho, imágenes que en su prestigio, en su rotundidad de imagen simbólica, se han ido quedando en esa memoria que compartimos. Pero también frente a este mundo más o menos prestigioso que hunde sus raíces en la historia de la pintura y en la iconografía de nuestras distintas tradiciones, se adivinan sendas que desandadas nos pueden llevar al cómic y a la rotundidad de sus imágenes o a la magia del tarot e, incluso, a otras

magias más misteriosas y oscuras. Porque todo parece jugar: sueños, recuerdos, lecturas, visiones... y al final este conjunto heterogéneo se une gracias a una pintura que parece querer contarnos historias que nunca termina de contar.

En estos cuadros de Carlos Franco todo queda así entredicho con esa fuerza y esa rotundidad que le aporta la buena pintura, una pintura que, como el dibujo, no quiere hacer alarde de sí misma sino que se une a este mundo que tiene algo de simultaneidad, como un sueño en el que todo confluye y todo se mueve mientras tratan de fijarse las imágenes vistas y sugeridas.

El dibujo, en Carlos Franco, merece un párrafo aparte. No sólo el dibujo presente en los cuadros y que, como ya se ha dicho, parece a veces jugar un juego paralelo al del color, el dibujo también como género ya que el trabajo de dibujante de Carlos es importante y sus dibujos, suficientes en sí mismos, componen un corpus que atraviesa de diferentes maneras y con distintos estilos toda su obra.

Podemos decir que el dibujo en Carlos Franco es un dibujo narrativo, esto es un dibujo que sabe contar historias, que no se preocupa de sus perfecciones o imperfecciones sino que vuelca sobre su papel su necesidad de contar. Sabe ser rotundo y delicado, atento a las diferentes técnicas y materiales y trayendo al espectador una sensación casi táctil de los trazos que se combinan con las medias tintas, con la superposición de planos cuando no abiertamente por la tentación del color.

Si para los maestros del Renacimiento el dibujo era lo que estaba antes del arte, antes de la escultura, de la pintura o de la arquitectura, más cerca de la idea que de la realización, en Carlos Franco el dibujo adquiere una suntuosidad, un gusto de sí mismo de sus técnicas y de la aventura de contar historias de dejarlo ir por los recuerdos aquí claramente del cómic y también de la tradición iconográfica más hiperculta.

“Pintura fruta” ha querido llamarse esta exposición en una afortunada imagen. Lo natural de la fruta con sus colores, con toda su sensualidad, sus aromas que perduran... Pero también su naturalidad, su sencillez que evoca todo el misterio de tierras lejanas donde el sol y la humedad están en el origen de una vida que hunde sus raíces en insondables y maravillosos fangos. Pero fruta también la de nuestra tradición occidental, como símbolo del pecado, de la vida y también del amor.

La pintura de Carlos Franco sabe recoger todos estos misterios, todos estos mundos que se nos abren de forma simultánea y mágica, llenando nuestra vista de sugerencias como aromas con colores, de una forma natural y apacible. No hay drama en la fruta, su brillantez, su tacto, su olor y lo jugoso del sabor nos concentran en un aquí y ahora, como ocurre con estos cuadros de Carlos Franco.